



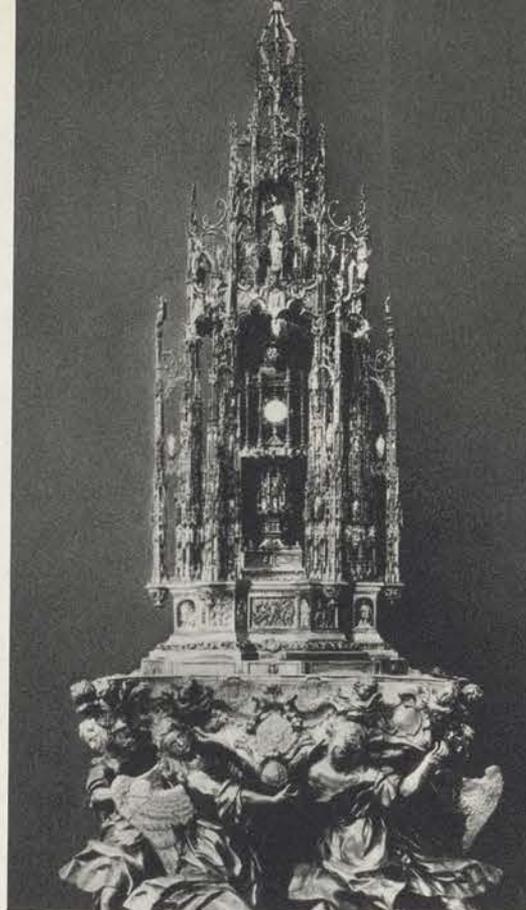
CUATRO CALLES

TEJIDOS

ALZADOS ME

# Corpus en Toledo

LA letra popular lo dice: «Tres jueves hay en el año que relucen más que el sol: Jueves Santo, Corpus Christi y el día de la Ascensión», y Toledo, de una manera esencial y



◀ La custodia, en la solemne procesión del Corpus, pasa bajo el arco que une la catedral con el palacio arzobispal.

◀ La joya de Enrique de Arfe, tal como se puede admirar en el tesoro de la catedral, sobre el pedestal que la sostiene.

## CORPUS EN TOLEDO

única, subraya el esplendor de uno de esos tres jueves con particular devoción y con magnificencia ya tradicional. El día del Corpus es para Toledo una fecha clave de su catolicidad. Toda la ciudad cobra un aliento singular y espera ese momento litúrgico de la magna procesión, en la que la maravilla de la custodia de Enrique de Arfe recorre las calles estrechas y típicas, bajo los toldos que defienden al cortejo del riguroso sol, entre los riquísimos tapices y las flores de los devotos.

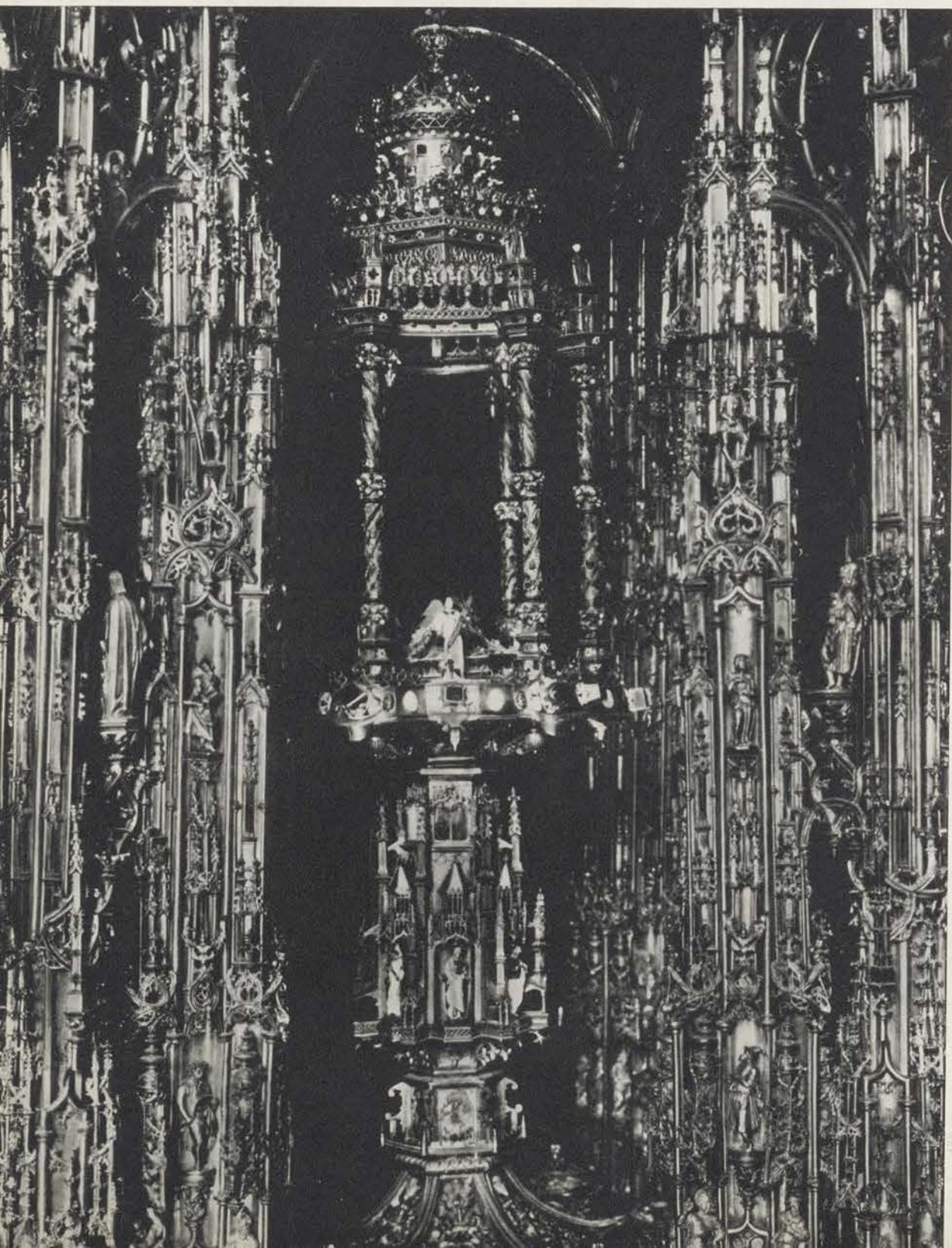
Alguien ha llamado a la famosa custodia «la joya más ostentosa de la Cristiandad», y no se ha equivocado quien lo dijo. En otras ocasiones se ha ocupado nuestra revista de reproducir este prodigio de la orfebrería gótica. Durante la dominación marxista, la custodia fué despojada de muchas de las piedras preciosas que la adornaban. Del viril fueron arrancadas perlas y piedras de incalculable valor, que no han podido recuperarse, y fué despiezada toda ella para su traslado. El artífice toledano Julio Pascual ha sido el encargado de la difícilísima y delicada tarea de reconstrucción.

La parte interior o principal de la custodia es la llamada de Isabel la Católica, y está hecha, según tradición, con el primer oro que se trajo de América. Toda la parte exterior es de plata sobredorada. Dejando aparte el valor material de la obra, su mérito artístico es imponderable. No existe obra de orfebrería donde se hayan estudiado con más cuidada precaución los espacios y los volúmenes y se haya hecho compatible la riqueza con la austeridad, porque la custodia de Arfe es una verdadera oración materializada, que cuando brilla por las calles toledanas, una vez cada año, justifica la expectación de las gentes que acuden este día a la Ciudad Imperial para verla procesionalmente por las calles, fuera del tesoro de la catedral, donde se la puede admirar cualquier día.

Este es el centro y la razón principal del solemne día del Corpus en Toledo. Gigantones y gigantillos—como allí se llaman las máscaras anunciadoras—, fiestas profanas que completan el ocio del día, iluminaciones en la noche—entre las que destaca la catedral primada, que cobra un sorprendente y mágico encanto—, llenan, añadiéndole gracias, el día del Corpus en Toledo, que, sobre todas las costumbres, tiene esta de su oración renovada discurriendo por el corazón de la ciudad con el Cuerpo del Señor en el mejor de los tronos contruídos por los hombres.

◀ Detalle de la custodia, donde se puede admirar toda la gracia y profusión de las figuras que adornan el trazado.

La torre de la catedral, iluminada en la noche del Corpus, vista desde un balcón de la fachada del Ayuntamiento. ▶



# Aventura del Canal

Por EDUARDO TODA OLIVA

**P**ANAMÁ, clave de océanos y singladuras, es sinuosa y colorista. Las calles, bien asfaltadas, suben, bajan, caracolean, ofreciendo cambiantes perspectivas. Predomina la arquitectura moderna: edificaciones sobre pilares, rimeros de ventanas, cuerpos en ángulos obtusos para enfocar la orientación mejor, como el notable Palacio Legislativo. Recorremos barrios residenciales llenos de atractivo, de casas de una planta rodeadas de galerías abiertas a jardines prolíficos como fuegos de artificio. El centro de la urbe está atestado de comercios y de ir y venir de gentes atareadas, en competencia de mercancías y estridencias. Casas, tiendas, edificios públicos de color fresa, verde botella, rosa, terracota. Hombres y mujeres—entrevero de razas, idiomas, gamas—luciendo camisas de colorines, pantalones de colorines, faldas de colorines, contrastados por los blancos sombreros. Riadas de automóviles último modelo, terracota, rosa, verde botella, fresa. Despliegue abigarrado de la paleta negra tropical. Y por doquier, deslumbradora, la blanquísima belleza de la mujer panameña, como una sonrisa abierta de donaire y hospitalidad.

Panamá es famosa por sus tiendas, entre las que destacan las de los hindúes. A quienes estamos acostumbrados al sistema europeo de «precio fijo» nos resultan un rompecabezas. Por lo que ofrecen y por lo que piden. Objetos de marfil, de maderas orientales, de jade. Sedas indias, alfombras persas, surtidos de nylon, de refrigeradores «made in U.S.A.», pijamas chinos recamados de dragones y oros...

Panamá es alegre, naturalmente cosmopolita. Tiene hermosos clubs, bellas playas, atrayentes cabarets, en cuyos ambientes se entremezcla la rítmica sensualidad vital de los indígenas con la flemma turística y la aventurera intemperancia de marinos de todos los puertos y mares. Y tiene, entre otros, un hotel—el Panamá—de antología hollywoodense, en el que no sabemos qué admira más: si su edificio ultramoderno, su maravilloso patio-restaurant con palmeras y plantas y flores exóticas, que de día sombrean y de noche asombran; si su kilométrico *buffet*, servido por negros realzados a fuerza de gorros blancos, o la anchura de sus dependencias, salones, tiendas, jardines; la profundidad de su piscina, la altitud de sus precios...

Junto a estos aspectos, Panamá ofrece otro inolvidable: el equilibrio de sus monumentos. Visitándolos ritualmente, vimos uno a Cristóbal Colón, descubridor de América; otro a Núñez de Balboa, descubridor del Pacífico, y un tercero a Fernando de Lesseps, el hombre genial que, utilizando la genialidad de aquéllos, concibió partir a América en dos para unir el Atlántico de Colón y el Pacífico de Balboa en una sola vía fraterna para el mundo todo. La visita al monumento a Lesseps, rodeado de bloques que recuerdan a los 22.000 muertos que costó la primera gesta del Canal, es una adecuada preparación para quien va a cruzarlo.

## La obra de la naturaleza

### y la obra del hombre

El barco lo emboca de mañanita, pues se tardan ocho horas en recorrer los 81 kilómetros y medio de su extensión. Y al entrar en las primeras esclusas, se advierte ya la competencia a muerte entre la naturaleza y el hombre.

El paisaje, ya sea en las zonas anchas, que llegan a los 305 metros en el lago de Gatún; ya sea en las más angostas del paso de Culebra, es abrumador por lo salvaje y lo bello. Lomas redondas e islotes amazacotados de palmeras, de matas, de lianas, que, al reflejarse en las aguas, duplican su exuberancia vegetal. A trechos, tierra roja, labrada por tractores. Al socaire de los ribazos, caimanes que dormitan. Nubes flotantes como velas, que de repente se espesan y descargan aguaceros oblicuos, atizados por un viento súbito que se vuelve brisa en cuanto el nubarrón se desvanece en el cielo.

Y la obra del hombre. Almacenes, instalaciones hidroeléctricas, salas de máquinas; residencias de jefes e ingenieros; poblados lacustres, sobre pilastras, con aleros saledizos; carreteras magníficas, dársenas con yates, jardines. Y, sobre todo, el Canal.

El sistema de esclusas es sobradamente conocido, pero fascina verlo funcionar con tanta exactitud y perfección. Desde las flechas que indican el oportuno canal a tomar, hasta la rapidez con que accionan las compuertas, con sus pasarelas automáticas y puentes giratorios; desde la sabia electrificación de los caminos de sirga, por los que trafican máquinas sobre cremallera que arrastran o frenan los barcos, hasta los complejos mecanismos que mueven las enormes masas de agua necesarias para el paso de cada nave; desde la extraordinaria labor de acoplamiento técnico y administrativo del engranaje constante de los trabajos, hasta el detalle de los equipos—monos grises, casco metálico, botas y guantes protectores, herramientas apropiadas—con que van provistas las legiones, en su mayoría de obreros panameños, que mantienen

